



“A los ricos”, dice Sala, “no nos importa lo que quieren los pobres, sino lo que queremos nosotros, que es sentirnos buenos”.

XAVIER SALA I MARTÍN

CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

“Llevamos 50 años dando ayuda y ha sido un fracaso”

POR MIGUEL VILLAREJO

X

XAVIER Sala i Martín es uno de los economistas más citados del mundo. El octavo en 2002, concretamente. No está mal. Hace unos meses, en el discurso de aceptación del Premio Rey Juan Carlos, ironizaba un poco sobre su espectacular trayectoria. “Se podría decir que empezó cuando, con 17 años, acabé el bachillerato y, con la extraordinaria visión de futuro que me caracteriza, decidí estudiar algo en lo que sabía que podía sobresalir [...]. Se podría decir, pero sería mentira. De visión de futuro, nada. Fue todo un puro churro”.

Sala cursó la carrera de Económicas porque su tío Joan, que también la había cursado, era “el miembro de la familia que más dinero ganaba”. Como a partir de ese desnudo afán de lucro ha llegado a convertirse en una autoridad en desarrollo es un asunto que podría inspirar profundas reflexiones sobre la mano invisible de Adam Smith y los vicios privados y las virtudes públicas de Bernard Mandeville. Pero aquí nos limitaremos a consignar que sus andanzas académicas lo llevaron a hacer el doctorado en Estados Unidos, que allí Jeffrey Sachs lo contrató para trabajar en Bolivia y que, entonces, su vida cambió de forma radical. “Por primera vez vi miseria de verdad. Me di cuenta de que el trabajo de los economistas tenía que ir mucho más allá de la elegancia de los modelos matemáticos y ayudar a toda aquella gente a salir de la terrible situación en la que vivía”. Sala se especializó en Economía Internacional, escribió con Robert Barro *Economic Growth*, el libro de texto

sobre el tema más utilizado del mundo, y un día Robert Mundell, el padre de la unión monetaria, le dijo: “Un hombre que lleva chaquetas fucsia sólo puede vivir en Nueva York”. Así que no tuvo más remedio que trasladarse a la Universidad de Columbia.

Sus trabajos sobre cómo se ha reducido la pobreza desde los años 80 resultan una referencia obligada en el debate sobre la globalización. Son la munición habitual del ejército de economistas (la abrumadora mayoría) que defiende la libertad de comercio. Enfrente solía tener una aldea poblada por irreductibles expertos del Banco Mundial, de cuyos informes parecía desprenderse un estado de cosas menos optimista. Pero las posiciones se han acercado en los últimos tiempos. Martín Ravallion, responsable de estudios del organismo internacional, explicaba en abril del año pasado en *The Economist* que sólo los separaba una cuestión metodológica. El Banco determina los niveles de ingresos de cada país preguntando directamente a las familias, mientras que Sala los calcula a partir del PIB que proporcionan los departamentos de contabilidad nacional. Dado que el PIB es un agregado que, además del consumo, incluye la inversión y el gasto público, las rentas per cápita que obtiene Sala son superiores. Pero, una vez que se toma esto en cuenta, la tendencia que se aprecia es la misma: una drástica reducción de la pobreza.

Y parece que los números van a ser aún mejores a partir de 2000. El año pasado el mundo creció el 4%. Parte de

ese tirón se explica por la fortaleza de Estados Unidos y Japón, pero, si se les excluye, los países en desarrollo crecen aún más: el 6%. Incluso cuando se quita de la ecuación a China, India y Rusia, queda un aumento del PIB del 4%. Todas las regiones emergentes crecen ahora más deprisa de lo que lo hicieron en los 80 y los 90.

¿Cuál es la situación del mundo?

La pobreza se ha reducido sustancialmente en las tres últimas décadas. Ha habido una mejora general, aunque muy concentrada en Asia, que era el continente más pobre en los años 50. Si miramos a América Latina, la situación progresó en los 70, pero desde entonces se ha estancado por falta de crecimiento. El desastre generalizado ha tenido lugar en África. Allí están peor que a principios del siglo XX. En el Congo, el 90% de la población vive con menos de un dólar diario.

“NO CONOZCO NINGÚN PAÍS QUE HAYA DEJADO DE SER POBRE GRACIAS AL 0,7% O LA TASA TOBIN”

¿Cómo puede un país acabar con la pobreza?

Creciendo, y me vale cualquier crecimiento. A veces se habla de un “crecimiento para los pobres” [*pro-poor growth*], pero en China se han limitado a crecer y el resultado es que, en apenas 20 años, 400 millones de personas han escapado de la miseria. El crecimiento beneficia a la larga a todo el mundo.

¿Y por qué hay pobreza? En Occidente existe mala conciencia, como si la miseria del Tercer Mundo fuese la contrapartida de nuestra prosperidad.

Es una tontería que procede de Marx. Si fuera verdad, la riqueza total del planeta se mantendría siempre constante, y eso es algo que puede refutarse fácilmente. Los chinos no han prosperado a base de arruinar al resto del planeta. Estados Unidos, la Unión Europea, los países del Este y buena parte de Asia han seguido creciendo. Es falso que el pastel esté dado y que sólo podamos distribuirlo.

¿Y cuál es el origen de la riqueza de las naciones?

Consiste en utilizar los recursos de modo cada vez más inteligente. Es lo que viene pasando desde la Revolución Industrial, gracias básicamente a la innovación tecnológica. Por ejemplo, el silicio ha estado en las playas desde el comienzo de los tiempos. Los hombres de las cavernas lo utilizaban para pintar sus paredes. Nosotros hacemos ordenadores que crean imágenes bastante más sofisticadas.

¿Y cómo se puede ayudar a un país a explotar sus recursos de modo inteligente? ¿Qué funciona y qué no funciona: el 0,7%, la tasa Tobin, gobernar la globalización...?

No conozco ningún país que haya salido de la pobreza gracias a la tasa Tobin, al 0,7% o al gobierno de la globalización. Todos lo han conseguido a base de crecer. Llevamos 50 años dando ayuda. Ha sido un fracaso espectacular, pero en Occidente no nos importa lo que quieren los pobres, sino lo que queremos nosotros, que es sentirnos buenos. Así es difícil satisfacer sus necesidades. Piense en lo que pasa en cualquier país desarrollado: cada uno de nosotros escoge el artículo que más nos gusta y la suma de esas decisiones lleva a las empresas a producir los bienes deseados. El mercado premia a quien tiene en cuenta lo que quieren los consumidores y castiga a quien los ignora. La industria de la cooperación funciona al revés: cuanto peor lo haces, más dinero te dan. Las organizaciones internacionales han construido escuelas que están vacías, carreteras que no llevan a ninguna parte y fábricas que no producen nada práctico. ¿Y qué es lo que estamos planteando? Transferirles todavía más fondos. Los incentivos están cambiados. China ha reducido la pobreza sin 0,7% ni cooperantes. Tanzania, por el contrario, ha recibido desde los años 60 el equivalente al 15% de su PIB en ayudas. Los suecos les crearon todo tipo de empresas públicas, pero la única industria que ha prosperado es la de los burócratas que se dedican profesionalmente a pedir dinero. Esto es un derroche de recursos no sólo occidentales, sino también locales, porque los tanzanos con más talento no realizan actividades productivas. Cazan rentas en los organismos internacionales.

Jeffrey Sachs, colega suyo en la Universidad de Columbia, no tiene una visión tan pesimista. Dice que el mercado y el rigor fiscal por sí solos no funcionan, que él ya los puso en práctica en Bolivia. Hay que dar ayuda, pero condicionada.

La ayuda siempre ha sido condiciona-